

CUANDO LA LUNA LLORA

CHIKI FABREGAT



edebé

periscopio

**CUANDO
LA LUNA LLORA**

CHIKI FABREGAT

**CUANDO
LA LUNA LLORA**



edebé

© Chiki Fabregat, 2019

© Ed. Cast: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Istock by Kane Taylor on Unsplash

1.ª edición, septiembre 2019

ISBN: 978-84-683-4544-4
Depósito legal: B. 14098-2019
Impreso en España
Printed in Spain
EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Ana, mi *geme*, que es luna siempre.

Que es.

Que siempre.

24 de junio



Luna nueva

La abuela murió una noche sin luna. Mamá dijo que se había apagado como se apagan las velas, dando más luz en el último momento. Era una mierda de comparación.

Me había dado mi regalo de cumpleaños unas horas antes de morir, aunque faltaran más dos meses. Siempre hacía igual. Se adelantaba unos días, nunca tantos, y me hacía prometer que no lo abriría hasta la primera noche sin luna. «Todo lo que importa —decía— tarda en llegar al menos una luna nueva». Jamás me salté su norma, porque sus regalos me importaban mucho. Ella me importaba mucho. Con cinco años me dio la semilla de las flores eternas; a los once, el anillo de los dioses malditos, que no era otra cosa que una platilla enrollada; cuando me vino la regla, el hilo para unir estrellas fugaces, y cuando Marcos Rodríguez me dejó para liarse con Aitana, el espejo de las miradas tristes.

Elegía el momento, me pedía que esperase, durante días me iba preguntando, me contaba cuentos... y, cuando por fin la luna desaparecía del cielo por una noche, se sentaba a mi lado e inventaba una historia en la que ella, lo que me hubiese regalado y yo éramos protagonistas. Y ese era el verdadero regalo.

Pero aquella noche no había luna. Me entregó un paquete pequeño, envuelto con seda azul y atado con una cinta de plata, y dijo: «No dejes que lo encuentren». Mamá leía el periódico junto a la ventana y papá no quitaba la vista del televisor, así que guardé aquel paquete bajo mi camisa y miré a la abuela, esperando que dijese algo más, pero eso fue todo. Me sonrió con aquellos ojos tan negros en los que me había refugiado desde que tenía memoria y se sentó a mi lado.

Desde que podía recordar, nunca la había visto enferma. Jamás sufrió una gripe o una torcedura de tobillo, no le dolían los huesos cuando cambiaba el tiempo ni se cansaba al subir la cuesta de nuestra calle o al pasear por el Rastro. Pero aquella noche la oí quejarse. No le dolía nada, era mucho peor: estaba triste. Por primera vez habló de su pueblo, de cómo tuvo que marcharse y de que nadie la quería allí. Y yo sentí que aquello le hacía daño. Me contó que la llamaban «la bruja».

—Menudos imbéciles —le dije. Y la besé.

Siguió hablando, pero ya no me miraba ni me acariciaba el pelo. Ni siquiera tengo muy claro que supiera que yo estaba allí. Parecía que estuviese hablando consigo misma, revisando un pasado al que hacía mucho que no viajaba.

—No debí dejar la cuna. No debí marcharme.

El programa que miraba papá en la televisión había acabado hacía un rato, pero nadie se había movido en el salón. Mi padre se acercó hasta nosotras, tomó la mano de la abuela y le prometió que, en cuanto ella quisiera, la llevaría allí de nuevo. La abuela lo miró como si acabase de verlo por primera vez.

—¿Llevarme dónde?

Me acurruqué a su lado y nos quedamos mirando la tele sin verla. Ella con la vista perdida en algún punto de la pared y yo notando el paquete azul bajo la camisa. Cuando se durmió, papá le habló flojito para mandarla a la cama, como hacía siempre. No me despedí de ella. No la besé ni le dije «hasta mañana».

Me marché a mi cuarto y dejé el paquetito azul junto a la almohada durante un rato. Lo miraba, sorprendida aún por haberlo recibido una noche sin luna y emocionada por el secreto. «No dejes que lo encuentren», había dicho. Me puse el pijama sin dejar de mirarlo y, cuando ya no había más excusas ni más formas de alargar el tiempo, lo tomé con mimo.

No tenía celo ni nada que sujetase la seda, solo la cinta de plata. Aspiré hondo. Me temblaban las manos cuando tiré de un extremo para deshacer el lazo.

No era más que un libro pequeño, con tapas de cuero. Es lo que pasa con los grandes misterios, que cuanto más tiempo permanecen ocultos, más fácil es que nos decepcionen. Quedaban restos dorados de algunas letras en la portada, pero no pude leerlas. Lo abrí con cuidado, porque el papel amarillento parecía a punto de romperse solo con tocarlo. En la primera

página había un sello antiguo, un exlibris en el que apenas se distinguía un extraño dibujo formado por una «C» grande dentro de la que se cobijaba, como si de una cuna se tratase, una «M» antigua. Lo hojeé y vi anotaciones en los márgenes, escritas con la letra pequeña y desordenada de la abuela. Me arropé bajo las sábanas y, con la luz de la mesita prendida, empecé a leer mi regalo secreto.

Como cada tarde, Endimión ayudó a su padre encerrando los animales y, al terminar, fue a bañarse en el río. No había vivido ni ocho inviernos y ya sabía que, para disfrutar, primero tenía que trabajar o la diosa Ergía podría llevárselo al lugar en el que ocultaba a los holgazanes. También sabía que dañar a un ser vivo era dañar a Gea, así que entraba en el agua despacio, tanteando antes de pisar, y nadaba sin salpicar apenas.

Era la temporada de tardes largas y noches cortas, de vientos suaves que acarician el monte y animan a las retamas a florecer. La de los primeros baños a la luz de la luna. Endimión se quitó la túnica y caminó desnudo hasta la orilla del río. Dejó que su cuerpo flotase boca arriba. Le encantaba esperar así a que el cielo se volviese oscuro. Cada noche. Aunque hiciese frío. Aunque su madre lo llamase para que volviera a la casa. Aunque su padre lo reclamase para vigilar el fuego o dar de comer a los animales. Pero aquel día el cielo se puso negro, tan negro que ni las estrellas se atrevieron a asomarse. El agua estaba helada y, cuando Endimión salió desnudo, un resplandor le hizo levantar los ojos justo a tiempo de ver un carro de plata cruzar el cielo. La joven más bella

que un mortal pudiese imaginar sujetaba las riendas sin prestar atención a lo que ocurría más abajo.

Tiempo después murió su madre de unas fiebres. Los dioses arrasaron su casa en una estúpida pelea sin mirar siquiera que su hermana y su padre estaban dentro. Su pueblo le dio la espalda porque atraía la desdicha. El rey se llevó sus animales porque un chiquillo no podría ocuparse de ellos.

Se alejó de su pueblo, de su gente, de su casa. Cruzó el bosque en invierno, el llano cuando el sol abrasaba, un río helado y un monte que decían maldito. Se instaló en una cueva, frente a un riachuelo, y cuidó de los animales que otros pastores abandonaban.

Y a pesar de todo, siguió bañándose cada noche. Flotaba mirando al cielo y esperaba ver pasar a la mujer del carro de plata.

Mamá me despertó con la cara llena de lágrimas. Al incorporarme se cayó el libro y dio un golpe seco contra el suelo. El último sonido claro que oí aquel día. Hablábamos bajito mientras sacaron el cuerpo de la abuela cubierto con una sábana, fuimos al Instituto Anatómico Forense y de allí al Tanatorio de la M-30. Tal vez hablamos, tal vez besamos, tal vez recibimos el cariño de todos los que vinieron. Lo he olvidado.

Al entrar en casa, cuando volvimos del tanatorio, noté su ausencia como notaba cada día, en los detalles más pequeños, que ella estaba allí. Las persianas del salón seguían cerradas, caída en el suelo se había quedado la manta con la que papá se tapaba cuando veía la televisión y nadie había ahuecado los cojines

del sofá. La puerta de la habitación de la abuela estaba abierta, como la habían dejado los de la funeraria. Me asomé sin entrar del todo. Aquel cuarto era un santuario. Tenía mil cajones, mil rinconcitos en los que ella escondía tesoros y libros y fotografías... Siempre encontraba algo nuevo con lo que sorprenderme, como si aquellos muebles fueran mágicos y conectaran con un lugar del mundo en el que todo era posible. En alguno de aquellos cajones habría estado oculto mi regalo hasta que se decidió a envolverlo con seda azul y una cinta de plata.

Mamá vino hasta el pasillo, me abrazó sin decir nada y cerró la puerta, dejando al otro lado los tesoros, los rincones y los mil cajoncitos. Dejando al otro lado la historia del libro que debía esconder, el único regalo que me había dado una noche de luna nueva, para que no tuviera que esperar. Ya nunca iba a contarme por qué tenía que protegerlo. Faltaban más de dos meses para mi cumpleaños, pero me lo había dado como si supiera que corría prisa. Como si supiera que, unas horas después, estaría muerta.